



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 10**

# **CBX 109 NUEVO TESTAMENTO I**

Gil Arbiol, Carlos. “Jesús y el judaísmo de su tiempo: conflicto y muerte”. *Reseña Bíblica* n.109 (2021): 36-47.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

# Jesús y el judaísmo de su tiempo: conflicto y muerte

Jesús fue un judeo (vamos a usar este término en vez de "judío" para subrayar su carácter étnico) que vivió casi toda su vida en la región de Galilea y murió en Jerusalén. Aunque algunas fuentes cristianas parecen sugerir su distanciamiento o ruptura con las tradiciones que identificaban a un judeo, una lectura atenta de los textos refleja lo contrario: Jesús fue un judeo que vivió con gran radicalidad su fe en Yahvé, si bien lo hizo de un modo original que desafiaba la visión hegemónica de las autoridades judeas. Su muerte fue resultado de una alianza entre la aristocracia sacerdotal y el prefecto romano, que buscaron acabar con su visión del judaísmo y su popularidad.



**Carlos Gil Arbiol**  
Universidad de Deusto

Como hemos visto en los dos artículos precedentes, la recuperación de la historia de Jesús ha sido una tarea con más problemas de los que se podrían imaginar. Sin embargo, hoy se reconoce una base histórica suficientemente sólida como para aceptar la existencia histórica de Jesús; igualmente, los criterios de historicidad permiten identificar algunos dichos y hechos genuinos de Jesús. Todo ello, como hemos visto, está sujeto a interpretaciones y ambigüedades, y no está exento de proyecciones y manipulaciones. No obstante, hay ciertos consensos sobre los rasgos distintivos de Jesús que nos ofrecen las

fuentes. Algunos de ellos los hemos visto ya: la idea del reino de Dios, su peculiar experiencia religiosa, el desafiante marco del Imperio romano, la existencia de un movimiento en torno a su carisma.

Uno de esos consensos difícilmente discutibles sobre la persona histórica de Jesús es su origen galileo y su identidad judea. En tiempo de Jesús, un judeo era todo aquel nacido de padres judeos y, si era varón, circuncidado al octavo día de nacer. Como fruto de ello, un judeo se atenía en su vida a las costumbres, normas y prácticas del pueblo de Israel, localizado geográficamente en el



territorio que Heródoto, Plutarco o Filón llaman "Palestina", y que incluía Galilea, Samaría y Judea. El nombre compartido que estos habitantes recibían, y que da cuenta de su pertenencia a una nacionalidad compartida, era "judeos" (*ioudaios*); este nombre

identificaba a aquellas personas que, aunque no vivieran en la tierra del antiguo Israel, eran reconocidas por la observancia de rituales de purificación, la abstinencia de alimentos considerados impuros y de cultos públicos a otros dioses fuera de Yahvé, la ob-

servancia del descanso sabático y de la circuncisión de sus niños varones, etc. No es fácil saber hoy con exactitud lo que definía a un judeo en aquel tiempo, pero parece que a sus contemporáneos no les resultaba difícil hacerlo. El descanso sabático, la observancia

de la pureza de los alimentos, la separación de costumbres no judías y la circuncisión de los niños están entre las prácticas más visibles e identificables.

**JESÚS Y EL SÁBADO**

En las fuentes cristianas, especialmente en el evangelio de Marcos, compuesto hacia el año

70 d.C., encontramos algunos datos que nos podrían hacer pensar que Jesús no era un buen judeo o que incumplía algunas de esas prácticas, por ejemplo, la observancia del sábado. En los capítulos segundo y tercero de este evangelio, su autor narra cinco controversias que Jesús protagoniza con diversos ad-

versarios: escribas, escribas de los fariseos, fariseos o herodianos. El contenido y el tono de las acusaciones va en aumento, hasta que, en la última de las cinco, lo que Jesús hace provoca que "los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle". En esta última discusión polémica, Jesús cura en sábado a un hombre con la mano paralizada:

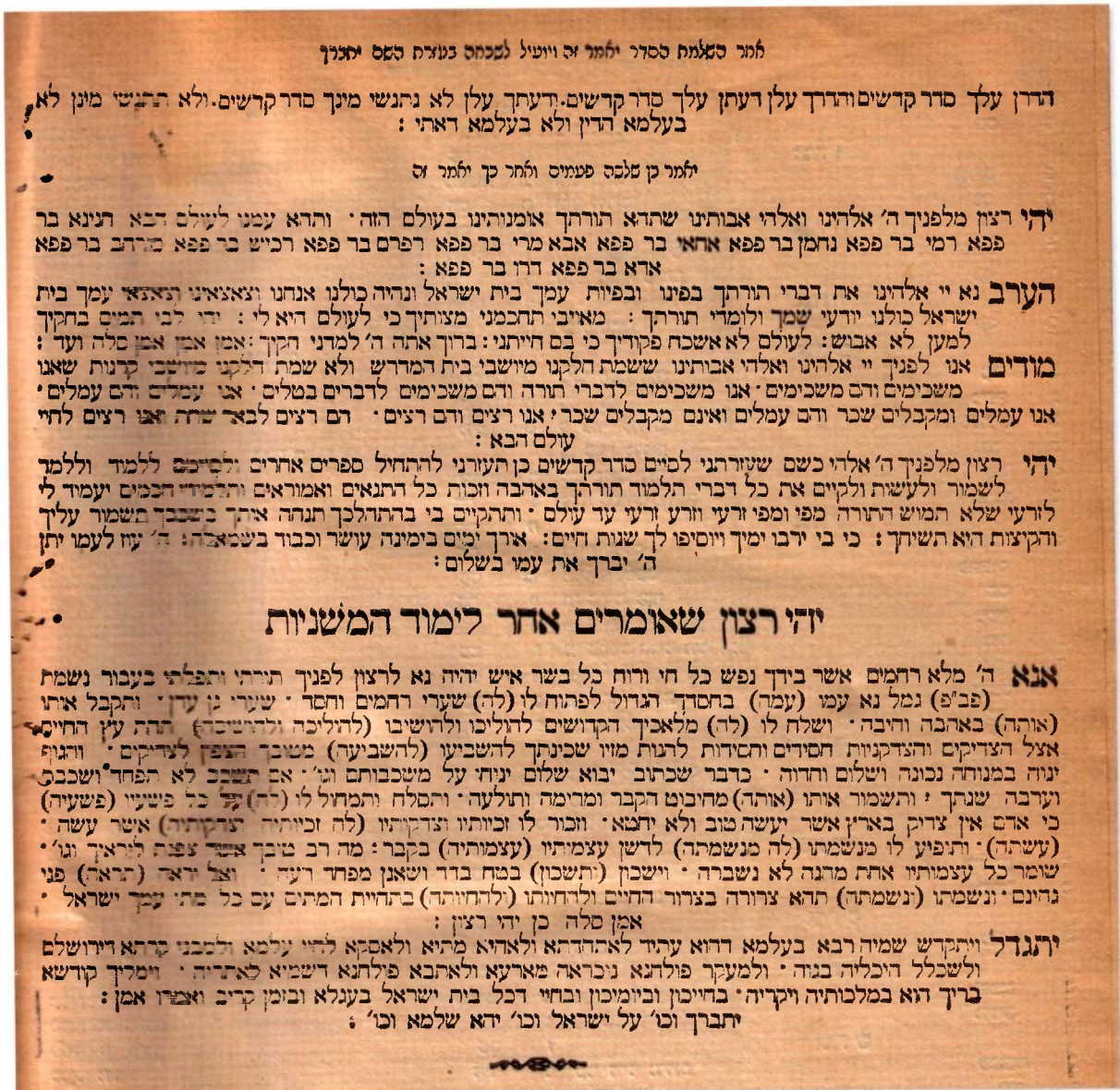


Imagen de una página de la Misná

*Entró de nuevo en la sinagoga, y había allí un hombre que tenía la mano paralizada. Estaban al acecho a ver si le curaba en sábado para poder acusarle. Dice al hombre que tenía la mano seca: "Levántate ahí en medio". Y les dice: "¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?". Pero ellos callaban. Entonces, mirándoles con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice al hombre: "Extiende la mano". Él la extendió y quedó restablecida su mano. En cuanto salieron los fariseos se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle (Mc 3,1-6).*

La primera impresión del lector actual, especialmente si llega a este pasaje después de haber leído las cuatro polémicas anteriores (Mc 2,1-28), es de transgresión: Jesús incumple la sagrada norma del descanso sabático. Esta impresión está basada en la mención del "acecho" inicial de sus oponentes "para acusarle", en el silencio hipócrita que el evangelista les achaca, en la curación que acontece en sábado y, sobre todo, en el resultado que esa curación le granjea: una sentencia de muerte. En efecto, según Ex 31,14-17, la violación de la observancia del sábado conlleva la muerte (por lapidación, según el tratado *Sanedrín* de la Misná o Nm 15,32-36). El autor del evangelio transmite la gravedad de la transgresión, pero la explica por un bien mayor: Jesús no cumple la Ley

porque salva una vida; Jesús –da a entender el evangelista– hace el bien, no el mal. La impresión que obtiene el lector no judeo –para quien Marcos escribe– es que la Torá no salva, sino que destruye. Jesús habría venido a acabar con la Torá.

Sin embargo, nos encontramos con varios problemas para poder aceptar esa conclusión. En primer lugar, en ningún texto se afirma que curar sea una actividad prohibida en sábado; se trata de una convención más que de una norma. Así, por ejemplo, en el tratado *Shabbat* de la Misná se discute qué acciones pueden hacerse en sábado y cuáles no, es decir, cuáles son consideradas trabajo y cuáles no. Hacer una cataplasma para colocarla al enfermo está prohibido en sábado; igual que dar un masaje terapéutico o frotar con aceite una herida; pero hablar no está prohibido en sábado. Y esto es lo único que Jesús hace en esta escena; ni siquiera le estira el brazo al enfermo. En realidad, no hay ninguna norma que Jesús contravenga ahí.

El segundo lugar, la Misná explica cuáles son las penas por las transgresiones del sábado en caso de error, despiste o desconocimiento: "Un sacrificio por el pecado". Es decir, que el incumplimiento del sábado tenía, en la vida cotidiana, unas penas acordes a la transgresión, y no se resolvían con lapidaciones o sentencias de muerte.

Y, en tercer lugar, había una idea muy difundida y aceptada entre los rabinos del tiempo de Jesús sobre la prioridad de la vida ante el precepto sabático. La Misná contemplaba la posibilidad de relativizar el precepto sabático si había una vida en peligro, como

dice el tratado *Yoma* de la Misná: "Al que ha sido cogido por el hambre se le alimenta, incluso con alimentos impuros, hasta que brillen sus ojos [...] Si una persona siente dolores en la garganta, se le puede dar una medicina por vía bucal en día de sábado, ya que hay peligro de vida, y todo peligro de vida desplaza al sábado" (*mYom* 8,6). Se discutía, incluso, si era posible visitar enfermos y consolar afligidos en sábado. Dicho de otro modo, aceptando el precepto de no trabajar, se discutía en qué circunstancias se debía o se podía cumplir y en cuáles estaba justificado incumplirlo.

Es dudoso que una mano paralizada pudiera entenderse como una amenaza inminente para la vida, pero, de nuevo, esto depen-

La impresión que obtiene el lector no judeo –para quien Marcos escribe– es que la Torá no salva, sino que destruye. Jesús habría venido a acabar con la Torá. Sin embargo, nos encontramos con varios problemas para poder aceptar esa conclusión

de de la interpretación. Y Jesús pregunta en esta escena a todos los presentes: "¿Qué está permitido hacer en sábado?"; se muestra como un rabino interesado en observar el sábado dentro de los límites de su propia comprensión, en la que destaca claramente el criterio de cuidar la vida amenazada. Un observador exterior, un legalista, puede entender que una mano paralizada no es amenaza vital; pero ¿qué piensa quien la sufre? ¿Estaría de acuerdo el enfermo en anteponer una formalidad discutible ante la posibilidad de recuperar su vida? Jesús parece tener claro en qué lugar se posiciona. Podemos recordar a este respecto la parábola del buen samaritano: "¿Quién te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?" (Lc 10,36).

Estos datos arrojan un resultado diferente al de la primera impresión: Jesús no es un transgresor, sino un celoso observante del sábado. Si no nos dejamos llevar por los ardides del evangelista para "ver" la transgresión, descubrimos a un Jesús observante con un criterio muy claro de las prioridades: la observancia del sábado pasa por devolver la vida a quien la ha perdido. Jesús ofrece en esta escena una particular lectura de su propia tradición judea, incluyendo las circunstancias en las que se cumple o incumple el sábado. Dejar sin curar al hombre enfermo, no dar vida, sería incumplir el sábado; el sábado está hecho para el hombre, especialmente para el que sufre.

### JESÚS Y LAS NORMAS DE PUREZA

Otro de los signos de identidad judea era la observancia de las normas de pureza. Estas eran muy

variadas y de extraña lógica, como se puede ver en Lv 11–15. Tanto en Palestina como, especialmente, en las ciudades del Imperio por donde estaban dispersos los judeos, se les podía reconocer porque había alimentos que no comían, personas con las que no se relacionaban, rituales de purificación que realizaban, etc. Con mucha frecuencia, todas esas normas confluían en un lugar: la mesa. Las comidas eran el sitio privilegiado en el que se mostraban los alimentos que se comían, cómo se preparaban, quiénes se sentaban, etc. La mesa era el lugar privilegiado para expresar la diferencia, la separación de los judeos puros respecto a todo lo considerado impuro, alimentos o personas.

Un dato recurrente en las fuentes más antiguas es la sorpresa que causaba Jesús en mucha gente por el modo de comer; en concreto, por la compañía de la que se rodeaba al sentarse a la mesa. Aunque en las ciudades de la diáspora la observancia de las normas de pureza provocaba una marcada separación de su entorno, en Palestina no era tan complicado, porque casi todos compartían los mismos principios y se atenían a las normas *kosher*. Eso significaba abstenerse de alimentos considerados impuros, como la carne de cerdo, y de comer con personas impuras, como pecadores o aquellos cuya vida no reflejaba al Dios santo; "sed santos porque yo soy santo" es el estribillo que expresa el principio de la pureza en el Levítico. Se trataba de reflejar la identidad judea a través de los comportamientos cotidianos. Esta identidad era un reflejo de la de Yahvé: como Yahvé es santo y puro, así debe ser su pueblo. Esa

Un dato recurrente en las fuentes más antiguas es la sorpresa que causaba Jesús en mucha gente por el modo de comer; en concreto, por la compañía de la que se rodeaba al sentarse a la mesa

pureza y santidad se expresaba mediante la separación de lo considerado impuro o profano, que abarcaba un amplio abanico de situaciones; algunas naturales e involuntarias (impureza de la regla menstrual de las mujeres, de un cadáver o de la lepra) y otras voluntarias (homicidio, idolatría o relaciones sexuales inadecuadas). Abstenerse de todo ello, evitarlo cuando es posible o purificarse con los rituales adecuados cuando ha sido inevitable, era la vida cotidiana de un judeo que quisiera reflejar en su vida la santidad de Yahvé. Y separarse de todos aquellos que no vivían de acuerdo con esas normas era fundamental para conservar la identidad colectiva de pueblo elegido.

Por eso llamaba la atención que Jesús se sentara a la mesa con recaudadores de impuestos para Roma o que uniera a uno de ellos a su grupo de seguidores: "Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: 'Sígueme'. Él se levantó y le siguió" (Mc 2,14). Con él se fue a su casa y provocó malestar: "Al ver los escribas de los fariseos que comía con los pecadores y recaudadores, decían a los discípulos: '¿Es que come con pecadores y recaudadores?'" (Mc 2,16). Uno de los insultos que Jesús se granjeó fue precisamente ese: "Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de recaudadores y pecadores" (Mt 11,19). Sus amistades incluían también a un sector especialmente etiquetado como impuro: "Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es esta que le está tocando, pues es una pecadora" (Lc 7,39). Se atrevió a poner a personas impuras, además, como ejemplo de lo que Dios quería de Israel: "Los recaudado-



Crucifixión blanca, de Marc Chagall

res y las prostitutas llegan antes que vosotros [sumos sacerdotes y ancianos] al reino de Dios" (Mt 21,31). Estos ejemplos, que se repiten en géneros literarios diversos y fuentes independientes, arrojan una imagen peculiar: Jesús parece no cumplir con las normas de pureza en lo referente a la separación de personas impuras. Una lectura superficial o precipitada, como en el caso de la curación del hombre de la mano paralizada, podría llevarnos a pensar que aquí Jesús se distancia de la tradición judea.

Sin embargo, la justificación que presenta para ello revela lo contrario. Como en el caso de la curación en sábado, Jesús nunca justifica sus comportamientos apelando a que no se deben cumplir las normas, las costumbres o tradiciones propias. Dice exactamente lo contrario: "No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas; no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento" (Mt 5,17). Y, como en el caso del sábado, Jesús explica su particular modo de entender la Ley y las costumbres:

“Habéis oído que se dijo a los antepasados: ‘No matarás’; y aquel que mate será reo ante el tribunal. Pues yo os digo: todo aquel que se encolerice contra su hermano será reo ante el tribunal; y el que llame a su hermano ‘imbécil’ será reo ante el Sanedrín” (Mt 5,21-22). Aunque la primera impresión, de nuevo, puede hacer pensar que Jesús está cambiando la Ley, en realidad la está radicalizando, con una interpretación muy exigente. Un judeo podía insultar a otro mientras no lo matara; de ese modo cumplía el mandamiento de no matar (Ex 20,12). Jesús afirma que la cólera contra otro es un incumplimiento del precepto de no matar que requiere un juicio y sentencia exactamente igual que el del homicidio. De este modo, no está animando a dejar de cumplir el precepto, sino a cumplirlo de un modo mucho más exigente que los demás judeos.

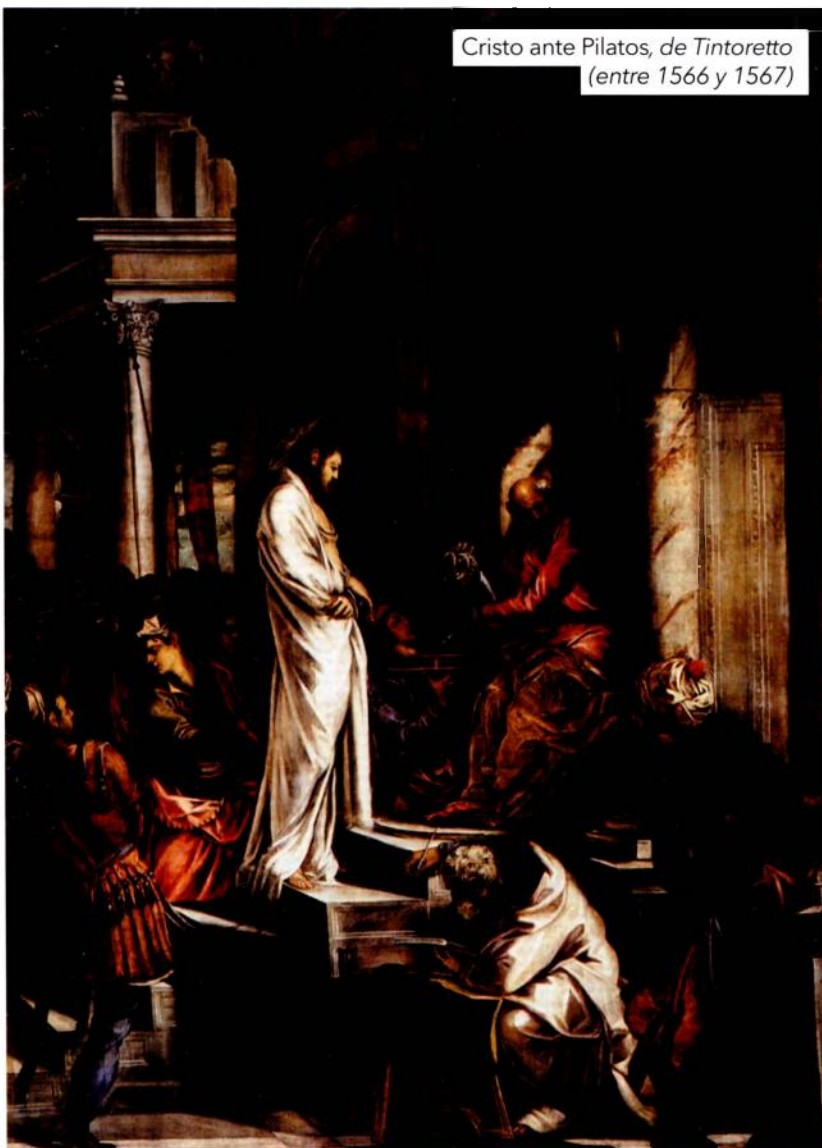
El amor al enemigo resulta la expresión más completa de esta radicalidad: “Habéis oído que se dijo: ‘Amarás a tu prójimo’ y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5,43-45). Aquí explica Jesús la razón de fondo de su extraño comportamiento: se trata de ser hijo del Padre del cielo, imitarlo, ser como él, que hace salir su sol sobre malos y buenos. Este argumento utiliza la misma lógica que las normas de pureza; aquellas proponían un Dios santo y puro al que había que imitar apartándose de todo lo considerado impuro; la interpretación de Jesús su-

Expulsión de los mercaderes de El Greco (1571),  
Instituto de Arte de Minneapolis









Cristo ante Pilatos, de Tintoretto  
(entre 1566 y 1567)

## JESÚS Y LAS AUTORIDADES JUDEAS

Los últimos días de la vida de Jesús son los más detallados en las fuentes cristianas. Aunque hay un consenso entre los especialistas en considerar que esta parte del relato de su vida es la más revisada teológicamente, también lo hay para reconocer que es un relato plausible históricamente en sus datos fundamentales. En este último episodio de su vida hay varias escenas que se repiten en las fuentes con un sentido similar: un signo en el Templo que resultó decisivo, un juicio precipitado ante algunos miembros del Sanedrín y un proceso indeterminado ante el prefecto romano.

No se puede minimizar la importancia que el templo de Jerusalén tenía para la vida de los judeos: en torno a él se realizaba la vida religiosa. Era el lugar de la presencia de Yahvé y representaba en miniatura la cosmovisión del judaísmo; además, era un centro económico y político, con tentáculos en todas las áreas de la vida en Palestina. La disposición del espacio reproducía a escala la idea de la pureza: en el centro y en lo más inaccesible estaba el lugar de la presencia de Yahvé; inmediatamente antes, el lugar santo, al que solo podían acceder los sacerdotes que ejercían como tales; antes de él están los lugares para los levitas y demás servidores del Templo; más alejado estaba el atrio de los israelitas, el lugar al que los varones accedían para presentar sus ofrendas y sacrificios; más alejado todavía estaba el atrio de las mujeres, que no podían ofrecer sacrificios por sí mismas, y, por último, el patio más alejado era el de los gentiles y personas impuras. Era un mapa de la

giere otra imagen de Yahvé cuya santidad es, sorprendentemente, tratar igual a justos e injustos, a malos y buenos.

Este razonamiento explica por qué llamaba la atención de sus compatriotas la compañía de Jesús. Al dejarse ver en compañía de prostitutas, comer con pecadores y pedir que le sigan recaudadores está descubriendo su peculiar imagen de Dios: Yahvé es así. Esta justificación de sus actos, considerados por algunos como

un desprecio o abandono de las normas y costumbres, refleja que Jesús no está incumpliendo la Ley, sino cumpliéndola de un modo radical. Y estos comportamientos y actitudes de Jesús resultaron atractivos para muchos judeos y una de las razones de su popularidad entre los habitantes de las aldeas galileas. Sin embargo, no era la interpretación de los escribas ni la de las autoridades judeas del tiempo, que reaccionaron en consecuencia.

No se puede minimizar la importancia que el templo de Jerusalén tenía para la vida de los judeos: en torno a él se realizaba la vida religiosa. Era el lugar de la presencia de Yahvé y representaba en miniatura la cosmovisión del judaísmo

santidad que marcaba el lugar de cada uno y que dejaba fuera a personas como aquellas con las que Jesús se relacionaba en Galilea y que tanto incomodaban.

A la entrada del Templo se situaban los cambistas. Para poder presentar una ofrenda, el oferente primero debía cambiar la moneda de uso común –un denario, por ejemplo– por el siclo de Tiro, la única moneda que se aceptaba en las transacciones sacrificiales (más estable y con la efigie del dios Melkart). Con esa moneda se compraba el animal para el sacrificio, que debía ser adquirido allí mismo, entre los seleccionados por los sacerdotes como puro. Una vez realizada toda la operación, el oferente podía acercarse hasta el atrio de los israelitas para entregar la ofrenda. Todo esto exigía un complejo operativo de intercambio de divisas y de compraventa de animales, que resultaba muy lucrativo para los sumos sacerdotes, que controlaban el lugar con la ayuda de unos operativos policiales propios que vigilaban todo el recinto.

El gesto de Jesús, que aparece en todas las fuentes, fue interpretado de modos diversos. Parece que al entrar volcó las mesas de los cambistas, expulsó a los que compraban y vendían y les recriminó haber convertido la casa de Dios en una cueva de bandidos (cf. Mc 11,15-19 y paralelos). Probablemente resultó un episodio aislado, porque no fue detenido en ese momento, sino unos días más tarde, según los evangelios. Las fuentes cristianas incluyen junto al gesto unas palabras proféticas sobre la destrucción del Templo, y probablemente reflejan la interpretación teológica

del ambiguo gesto de Jesús, pero no hay ningún rasgo de crítica al Templo como lugar de la presencia de Yahvé, sino al modo en que era gestionado por la aristocracia sacerdotal (“cueva de bandidos”). No cabe duda de que estos debieron de verlo como un desafío al sistema cultural que ellos controlaban en aquel momento. Además, cualquier alteración del orden en Jerusalén en fechas próximas a la Pascua resultaba extremadamente peligrosa, y los responsables del orden en el Templo tenían una responsabilidad ante el prefecto romano.

Las autoridades judeas no desconocían lo que Jesús había hecho en Galilea, sus curaciones en sábado, sus amistades y relaciones, así como las explicaciones que ofrecía. Este último gesto en el Templo debió de resultar como la gota que colmó el vaso de su tolerancia. Todo lo que Jesús hacía no era por desapego o ruptura con su propia tradición, sino, según él mismo explicaba, por fidelidad y piedad a Yahvé, de quien se presentaba como enviado; quería renovar el judaísmo desde sus raíces. Si Jesús se consideró Mesías o no es muy difícil de aclarar; sobre lo que no hay duda es de que su propuesta del reino de Dios, tal como hemos visto en el artículo anterior y en este, fue una propuesta de renovación para todo judío fiel en la que se implicó personalmente al máximo. Es muy probable que Jesús identificara la tensión creciente de los últimos días en Jerusalén como un signo del final que le esperaba y que, de acuerdo con ello, vinculara la llegada del reino de Dios que proclamaba con ese final. Sus seguidores, tras la muerte, recordaron y relataron su



Maqueta del Segundo Templo (Museo de Israel), reconstruido por Herodes en tiempos de Jesús

Pilato se distinguió en los años de prefecto de Judea por su dureza y crueldad, especialmente en la represión de los altercados, hasta el punto de que esa crueldad le costó el puesto años más tarde

vida subrayando su identidad mesiánica de Hijo de Dios. Pero lo que él pensaba de sí mismo es imposible de saber.

De lo que no cabe duda es que las autoridades judeas vieron en los gestos y dichos de Jesús un desafío para las tradiciones que ellos mantenían y para su posición de poder y de control de todos los aspectos de la vida. Un texto del evangelio de Juan, aunque muy teologizado, explica bien el peligro que supuso Jesús para los sumos sacerdotes: "Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar santo y nuestra nación. [...] 'Os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación'" (Jn 11,48-50). Quizá buscaron el modo de acallarlo apresándolo de noche. Enviaron a la guardia del Templo a por él y lo retuvieron en la casa del sumo sacerdote. De noche y sin aviso no se podía convocar el Sanedrín, de modo que podemos suponer que fue un juicio precipitado ante algunos sumos sacerdotes.

Ni ellos ni el Sanedrín en pleno podían ejecutar una sentencia a muerte; para ello era necesaria la condena del prefecto romano. El hecho de que las autoridades

judeas recurrieran a Pilato fue, probablemente, para obtener esta sentencia. Podrían haber gestionado el problema de Jesús internamente, haberlo resuelto con unos azotes públicos, por ejemplo, pero parece que no era eso lo que buscaban. La sentencia que buscaban de Pilato era la que ellos no podían ejecutar: querían acabar definitivamente con la amenaza de Jesús, de su visión del judaísmo.

No debió de resultar difícil obtener del prefecto la sentencia de muerte. La amenaza de una rebelión o de un altercado era razón suficiente para que Roma tomara medidas muy duras. Pilato se distinguió en los años de prefecto de Judea por su dureza y crueldad,

especialmente en la represión de los altercados, hasta el punto de que esa crueldad le costó el puesto años más tarde. La muerte por crucifixión es, quizá, uno de los datos más firmes desde el punto de vista histórico. Era la muerte reservada a los rebeldes o esclavos y terminaba con la vida y con la memoria del ajusticiado. Era tal la vergüenza pública de la muerte agónica en la cruz que su recuerdo quedaría para siempre vinculado al deshonor y humillación de aquella muerte.

Sin embargo, en uno de los giros más inesperados y sorprendentes de la historia, lo que ocurrió a continuación dista mucho de aquellos objetivos. Aunque los acontecimientos quedan oscuros para el historiador, no se pueden ignorar los testimonios de aquellos seguidores que dijeron que la muerte no había sido el final de Jesús y que Dios había adelantado la resurrección del último día a aquellos momentos definitivos. La renovación de Israel, tal como Jesús la proponía, de acuerdo con la experiencia que tuvo de Yahvé, continuó por caminos inesperados y sorprendentes, y su memoria marcará la historia de la humanidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- > R. AGUIRRE MONASTERIO, C. BERNABÉ UBIETA y C. GIL ARBIOL, *Jesús de Nazaret, Verbo Divino*, Estella 2009.
- > J. P. MEIER, *Un judío marginal: nueva visión del Jesús histórico. 4. Ley y amor*, Verbo Divino, Estella 2010.
- > E. P. SANDERS, *Jesús y el judaísmo*, Trotta, Madrid 2004.
- > G. VERMES, *Jesús el judío*, Muchnik, Barcelona 1984.